

Eduardo Molina

Por Eduardo Anguita

Mucho se sigue hablando del "Chico" Molina, escritor de la "generación del 33", a quien Enrique Lafourcade admira y del que extrae rasgos para utilizar en sus novelas, relatos y alusiones. Molina es más que un personaje, por cierto; su uso literario no me agrada. Forzosamente, al referirnos a él, nos resulta más fácil tomar su exterior, y, querámoslo o no hacerlo, lo caricaturizamos. Esta falta, pues, no hay que achacársela solo a los novelistas que han aprovechado su "anécdota" con más o menos afortunadas variaciones.

El modelo es complicado.

No es fácil dibujar su retrato. Ni para un escritor ni para un pintor.

En los tiempos en que lo conocí —años 33 a 34—, yo practicaba el hobby de dibujar rostros de amigos en servilletas de bar. Entre trago y trago, en un dos por tres, logré trazar un dibujo de Eduardo Molina. El propio modelo reconoció que ese apunte fue el único que le acertó. "Ni Roberto Hunteres, ni Podraza —comentó— han podido captarme". Y sonreía con una especie de elegante desprecio: no exactamente por aquellos pintores, sino por el intento desproporcionado de coger su verdadera persona. A los 25 años de edad, fuera de cierto estrabismo, que no daba pie a tipificar su semblante, Molina mostraba un rostro de facciones perfectamente regulares. La frente amplia, la nariz correcta, la boca de labios finos, una cabellera poco abundante y rubia, no decían nada de esa combinación atractiva y contradictoria de su personalidad: algo de ángel y de demonio, que solamente se puntúa en acción cuando hablaba, por lo que decía, por la inflexión de la voz y por aquel timbre que nunca nuestro oído pudo discernir jamás si era el de un bajo o el de un tenor.

El "Chico" Molina apareció por primera vez ante mí, una tarde de primavera, descendiendo por la escalera central de la Biblioteca Nacional en la Alameda. Lo acompañaba Juan Uribe Echevarría, entonces alumno del Pedagógico, y ahora, desde hace tiempo, profesor de Castellano. Le dije a Molina algo sobre *Residencia en la Tierra*, recién aparecida en su primer volumen y que los jóvenes estábamos descubriendo con verdadera expectación. En aquellos años, esa poesía era para los críticos y lectores algo así como un jeroglífico, y Neruda no se conocía sino por su "Farewell" ("Amo el amor de los marineros"... etc.). Pero *Residencia en la Tierra* fue comprendida y admirada en seguida por nuestros muchachos. Nunca la sentimos como poesía hermética. Pero Molina estaba más allá de Neruda. Siempre estuvo y estaría más allá de lo que comenzaba a asombrar a las minorías más cultas. El ya había pasado por la poesía penafina. Era tenso, para él, resabido. "No, no, no!" —replicó con una especie de trinos estridentes que surgían desde el fondo de una voz de timbre muy

grave. Ya no es Neruda. ¡Ahora es Huidobro!". Este venía llegando a Chile, de regreso de una última y larga permanencia en Europa, y Molina lo conocía a través de la vía indirecta de las revistas parisinas y madrilenas. Decididamente, en aquel primer diálogo, nos derrotó fácilmente. Luego nos abrumó con nombres de escritores de los que teníamos muy poco conocimiento. Sabíamos de Eluard, de Apollinaire, de Aragon, de Breton... pero de Chirico, pintor que admirábamos, ignorábamos que escribiera *Hebdomeros*, y en cuanto al Ilustre Cabello Blanco de Georges Limbourg, nos pillaba en Babia. Se guardó, eso sí, para mucho más tarde —cuando Huidobro ya llegó a constituir una especie de "rey" (interino, para algunos) de la poesía moderna en nuestro propio país— el nombre de Pierre Reverdy, poniéndose de parte de éste en su querrela (que no la hubo frontalmente nunca) con Huidobro por la paternidad del Creacionismo. Frente a nuestro poeta, de cuya tertulia y amistad fuimos leales participantes hasta el último día de su vida, Molina insistía agresivamente con el nombre de Reverdy. Este era mucho más... "un poeta de otro orden"... "Huidobro —(una risita condescendiente y burlona)— no, no; era otra cosa"... dando a entender que se quedaba muy por debajo, y que él, Molina, estaba bien al tanto de los secretos del surrealista francés. Inútil agregar que a Huidobro no le caía nada de simpático este disidente.

Era curiosa la figura de Molina, de baja estatura y modales desenvueltos, hablando y aleteando a vez un cuello, llevando bajo el brazo grandes álbumes de Picasso, Braque, Klee, Rousseau.

Aquella vez, cuando lo conocí, u otra tarde, en que ya, como otros amigos, habíamos concurrido por enésima vez a devorarnos libros y revistas de literatura y poesía modernas, salía él con unos libros y manuscritos. Lo habíamos observado durante horas. Había ido a la Biblioteca a escribir un ensayo ("va a ser un ensayo largo") sobre Barrés. En otra ocasión, semanas después pasó lo mismo. Parecía copiar algo de un libro. Me confió lo que hacía: "Estoy escribiendo un ensayo (largo) sobre D. H. Lawrence". La vez siguiente fue un "Testimonio sobre Gide". Se demoraba en darme a conocer. Gide estuvo mucha tiempo de moda, y Molina lo mantuvo en nuestra atención.

Una tarde en que transcribía notoriamente un texto de una revista y miré lo copiado, salió del paso con esta explicación: "Estoy escribiendo un ensayo sobre Paul Eluard. En francés. Porque pienso mejor en ese idioma".

Confieso la mediocridad de espíritu que me asiste, a mí, como a otros, al recordar estas minucias. No dicen nada de Molina. Porque el verdadero "Chico" Molina rebasa todas sus exterioridades.

Eduardo Molina [artículo] Eduardo Anguita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Anguita, Eduardo, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Molina [artículo] Eduardo Anguita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile